

Cuando el poeta se desocupa de sus labores cotidianas es cuando más inflado se siente por la inspiración:

El día domingo:
es cuando lo paso mas triste,
mas no hay a donde ir,
yo me encuentro solo
como la ave al morir.

Pierdo el día domingo
tiempo que no volvera,
y al paso de los días
me arugo como la fruta seca
que es frajil para morir.

Ablo y me pregunto así mismo
¿que sera de mí?
si la juventud se va,
veo al tiempo que pasa
que no volvera,
futuro que viene esperare
con ansias de goso me alegrare.

Yo sé que los pedantes y los egoístas del talento ajeno negarán el valor de estos versos; pero las almas sensibles no podrán menos que conmoverse cuando sus ojos recorran estas líneas de poesía casi naturalista:

Si tu voca calla
es porque esta serrada
y tu voz sigue perdida
en la oscuridad del aire
ajena la vida.

López Aguirre es un poeta sensible a todos los llamados, porque su alma no puede resistirse a la belleza de las cosas, y se entrega, como lo hacen los grandes poetas, en un arrebatado panteísta:

Si a los mares me ire
respirare el agua que me a oga
y contare a los pesos
el rostro que llora.

Si en las tierras me refugiare
vivire en las tierras virgenes,
y respirare el aire puro
que me daran las virgenes.

El lugar común, lo prosaico, quedan barridos por la inspiración del poeta quien le dice, casi al oído, a la poesía:

Oh belleza figurante
de sensibles quietudes,
de macabros sonos,
que reflejan el sentido de tus rimas
en el juego de tus amores.

Tenemos, pues, ante nuestra vista a uno de los poetas más originales que ha producido nuestra patria. ¿En qué consiste su originalidad? El bardo López Aguirre es un hombre de carne y hueso, y su alma sensible se manifiesta en delicadas rimas, en versos que en sus horas libres ha ido cincelandando con la abrupta fuerza de su inspiración. Yo sé que algunos dirán: "Esto es demasiado popular." ¡Claro, cuándo no saldrán a relucir esas almas egoístas y petrificadas por la pedantería! La poesía es *ser y estar*, y la poesía de López Aguirre "es" en el más amplio sentido; el significado de su poesía no se logra en silogismos, sino en desbordadas imágenes de la originalidad más pura; y también su poesía "está", porque impone con su presencia. López Aguirre no necesita decirnos "yo estoy aquí"; todo espíritu sensible sabe que "ser es estar". La poesía de López Aguirre se eleva como una nube a través del

tiempo y del espacio, proyectada inevitablemente hacia la inmortalidad. Einstein descubrió la relatividad de los seres que se mueven en el tiempo y en el espacio; el gran filósofo chino Ling Yutang le dio forma a la teoría relativista en pulidos pensamientos; pero sólo López Aguirre le dio cuerpo y carne a

ese *ser y estar* de los existencialistas, quienes todo lo encuentran relativo. Y el que no entienda la poesía de López Aguirre, el que no la sienta, pertenece irremediablemente a la familia bíblica de los ciegos y sordos que realmente no lo están, pero que quieren serlo.

—C. V.

BIBLIOTECA AMERICANA

Por Ernesto MEJÍA SÁNCHEZ

LE HABLO a Andrés de Henry Fielding; contesta siempre, o casi siempre: "¡Ah, el amigo de Wilde!", o: "¿El que fue amigo de Wilde?" Conste que no ha hecho la menor inflexión de suspicacia al pronunciar la palabra "amigo", la dice con naturalidad, como bien enterado. No he querido contradecirlo; no sé mucho de Wilde, quizá el juego de palabras que hizo con mi nombre se haya interpuesto. Sólo una nota justísima de Borges sobre él me arrancó hace unos años la promesa de releerlo. No sé mucho de Wilde, pero barrunto que nació a un siglo de distancia, poco más, de la muerte de Fielding, y que su *Tom Jones* se publicó unos ciento cincuenta años antes de la muerte de Wilde.

Quizá se trate solamente de una confusión, apoyada de seguro en la costumbre de lengua inglesa de dar personalidad a las iniciales; así el inglés A. E., la norteamericana H. D. y la "Keith" de Chesterton, son personas físicas y morales, a no dudarlo. Henry Fielding y Frank Harris (H. F. y F. H.) tienen las mismas iniciales con invertir el orden. Pero la verdad que esto no tiene la menor importancia: Fielding está perfectamente olvidado en nuestros días; quiero decir que no se lo lee. Los manuales mencionan al pasar sus novelas: además del *Tom Jones* (1749), *Joseph Andrews* (1742) y *Amelia* (1751), que nadie se cree en obligación de leer. Las inconscientes enciclopedias proporcionan riquísimos datos sobre la vida y la obra de Fielding, para llamar la curiosidad de cualquiera. Pero según una vieja opinión de Henrique González Casanova los contemporáneos se sienten desdorados con la consulta de esos mamotretos; en la actualidad hispanoamericana únicamente Borges las usa. Y la única excepción entre los manuales, que pone a Fielding en su verdadero sitio, es el breviario de *Historia de la literatura inglesa*, de W. J. Entwistle y E. Gillett (México, Fondo de Cultura Económica, 1955), en los capítulos redactados por el primero.

De aquí y de allá he juntado noticias que es vano repetir al tipo de lectores que me interesa. Quiero referirme al *Tom Jones* y a las relaciones de Fielding con el mundo hispánico (y en este mundo nunca excluyo lo americano) a propósito de ciertos hechos que interesan más a la sociología del gusto literario que a la mera literatura. La más reciente traducción española del *Tom Jones* se debe a don Mariano de Alarcón (nombre que huele un poco a seudónimo), por ocurrencia de Eduardo Mallea, director de la colección "La Quimera",

que publica la Editorial Emecé, de Buenos Aires, quien la incluyó en la serie el año 1944, 2 volúmenes. Se pensará que se trata de un reconocimiento tardío; nada de eso. Me escriben de Buenos Aires, y lo compruebo en México, que las librerías de nuevo y viejo están llenas del libro, nuevecito.

Me intriga que Mallea haya inducido a la Emecé a tal fracaso. Le regalé a Augusto Monterroso (persona entendida en estos achaques) los dos volúmenes para que los probara: no reaccionó. Acometí los míos sin denuedo, para vencer los insomnios de la paternidad y ya tengo dos meses de navegar a Fielding, en principio más por capricho que por atracción. Al fin me ha venido ganando la voluntad: cierto cervantismo al que uno no puede ser inmune aparece crecientemente en las páginas. Aquí el mundo hispánico ha dejado huella indeleble. Luego veremos cómo y por qué.

Sabremos poco de la vida de Fielding mientras no consultemos las biografías y estudios de Dobson, Godden, Cross, Blanchard & al. Nació en Somersetshire en 1707. Lo educó un clérigo llamado Oliver y luego pasó al Eton College, "probably as an oppidan" (*Encyclopaedia Britannica*; no encuentro en ningún diccionario inglés registrada la última palabra). Se inicia en la vida literaria por el teatro; escribe unas veinte piezas entre farsas, traducciones, parodias y comedias, desde 1728. Imita a Dryden y traduce a Molière. En 1734 escribe *Don Quixote in England*, a comedy. Se burla de la *Pamela* de Richardson con la *Apology for the Life of Mrs. Shamela Andrews* (1741), el mismo año de aquel gran triunfo sentimental. Al año siguiente la continúa ya en serio con *The History and Adventures of Joseph Andrews and his Friend Mr. Abraham Adams, written in Imitation of the Manner of Cervantes, Author of "Don Quixote"*. Amigo de David Garrick, "actor de la Inglaterra", escribió para él *The Wedding Day* (representación sin éxito en 1743). Vuelve a la novela con *Tom Jones* (1749) y *Amelia Booth* (1751). Por desavenencias conyugales se lía con la cocinera y se marcha a Lisboa, donde fallece el 8 de octubre de 1754. En su tumba del cementerio inglés de Lisboa se advierte esta leyenda: *Luget Britannia gremio non dari fovere natum*. En 1755 su inédito *Journal of a Voyage to Lisbon* se publica en homenaje caritativo a la viuda. La primera edición de sus obras completas es la de Andrew Millar (1762), que lleva el boceto de William Hogarth, único retrato suyo de autor conocido. "My friend Hogarth" y su obra figuran varias veces en el *Tom Jones*,

y quizá se deba a Fielding la inspiración de las ilustraciones cervantinas de Hogarth (1733-1738), que se conservan en la Royal Library. En 1777 subió a la escena londinense un *Don Quixote in England, an opera*, seguramente basada en la comedia de Fielding. La última edición de las obras es de la Harvard University Press, 1903. (Perdón por la rima.)

Es curiosa la fortuna de Fielding en español. La primera novela que se tradujo y publicó fue la última que él escribió: *Historia de Amelia Booth*, traducida por D. R. A. D. Q., Madrid, Imprenta de la viuda de Ibarra, 1795-1796, en 5 vols. (Hay otra traducción por J. F. S., Valencia, 1827, en 4 vols., y una edición de Barcelona, 1843, en 8º, que Palau no ha visto.) El *Tom Jones o el expósito* fue traducido casi inmediatamente por don Ignacio de Ordejón, Madrid, Benito Cano, 1796, 4 vols. (Las otras traducciones son modernas: *La historia de Tomás Jones, el expósito*, por G. Sans Hue- lin, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, 4 vols., es la edición de la "Colección Universal", y la última, la mencionada *ut supra*.) Y la más cervantina de las novelas de Fielding, el *Joseph Andrews*, nunca se ha publicado en la lengua de Cervantes. Sin embargo, está traducida, pero yace manuscrita la traducción. "Al finalizar el siglo XVIII un anónimo tradujo esta obra en lengua castellana, y el manuscrito se conserva en la Biblioteca Cervantina Amelia Marty de Firpo, en Montevideo. Una nota que acompaña al manuscrito pregunta: '¿Será el traductor don Ramón Máximo Spartal, caballero maestrante de Granada?'" (Palau). Ahora cabe repreguntar: ¿Habrá un editor inteligente y honrado que quiera pagar la copia del manuscrito y el prólogo que le ofrezco? ¿Habrá quien juzgue exagerado a don Miguel de Unamuno, que llamó a Fielding "el más grande de los cervantistas ingleses"? Aseguro que no. La frase de Unamuno figura en una "Glosa a un pasaje del cervantino Fielding" (*El Sol*, Madrid, 16 de diciembre de 1917; ahora en el vol. II *De esto y aquello*, Buenos Aires, Losada, 1951, pp. 38-42). En la "Glosa" Unamuno cita y comenta, precisamente, un pasaje del lib. III, cap. I, del *Joseph Andrews*.

¿Y entre nosotros, quién, antes de Unamuno, si no Reyes frecuentó desde temprano a Fielding? En aquella librería de 16 de Septiembre adquirió con ahorros de estudiante los tomos de la *Everyman's Library*, y allí el *Tom Jones* en primer lugar. Después de la tragedia, el viaje a Europa "a rastras con la mujer, el hijo, los libros". Aquí la primera flor de recuerdos, "Los ángeles de París", prosa de 1914 en *El cazador* (O. C., Fondo de Cultura Económica, III, 93): "En los corredores de la casa familiar —que daban, naturalmente, a un jardín—, había cromos tan vivos como aquella sensibilidad infantil en que se grabaron: fingían una Inglaterra de novela, absurda y elegante: desde las praderas de Fielding y el parque de Jane Austen hasta las hazañas, largamente desmenuzadas como en las estampas del Via Crucis, de los héroes de Dickens..." (El subrayado es nuestro, pero la continuación de la lectura, "lujo, breve sueño", puede ser del lector.)

Ya en los años de Madrid las referencias parecen tener aire erudito, como

que se ubican en reseñas bibliográficas para la *Revista de Filología Española* o en artículos periodísticos de la página de "Historia y Geografía" de *El Sol*, que le encargó Ortega, pero que no pierden amenidad evocadora ni substancial penetración. Al comentar el *Cervantes en la literatura inglesa*, de José de Armas (Madrid, Imp. Renacimiento, 1916), señala únicamente que el autor "recuerda la *Historia de las aventuras de Joseph Andrews* y su amigo Mr. Abraham Adams de Fielding, y su intento dramático (*"Don Quijote" en Inglaterra*)..." (O. C., VII, 347. Nótese que "recuerda" e "intento" son ahí palabras intencionalas: la primera quiere decir que José de Armas sólo hizo notar la evidencia de la portada del *Joseph Andrews*, y la segunda, que *Don Quixote in England*, del propio Fielding, no vale gran cosa.)



Fielding: sus relaciones con el mundo hispánico

Poco después comentó Reyes *A Bookman's Budget*, de Dobson (Oxford University Press, 1917) en su artículo "El museo privado de un escritor", que pasó a la primera serie de *Simpatías y diferencias*. Dobson evoca para Reyes: "Más allá —preciosas siluetas de Hugh Thomson—, Richardson, el obeso autor de la *Pamela*, aparece leyendo, rodeado de sus 'musas y gracias': unas señoras flacas, con manos extáticas y delgadas. Luego, Hogarth, con un bonete casi en la nuca, pintando el retrato de Fielding" (O. C., IV, 20). Otro comentario a los *Two Essays*, de W. Paton Ker (Glasgow, J. Maclehouse & Sons, 1918), el primero de ellos sobre *Don Quijote*, subraya una idea sumamente fértil para la interpretación cervantina: "Este aire de 'casualidad' que hay en el *Quijote* fue ya conscientemente imitado por Fielding en Inglaterra" (O. C., VII, 345). En efecto, esos visos de casualidad tan visibles en la composición del *Quijote* fueron aprovechados con abundancia por Fielding, y son tan hispánicos que parecen presidir muchos siglos de nuestras literaturas novelísticas hasta llegar a Baroja.

Con todo, y para ser justo, no pienso que los libros de Fielding hayan sido libros de cabecera de Reyes. Encuentro

un párrafo que de ser así lo hubiera recordado con delectación en cualquiera de sus obras de teoría y exégesis literarias: "To invent good stories, and to tell them well, are possibly very rare talents, and yet I have observed few persons who have scrupled to aim at both: and if we examine the romances and novels with wich the world abounds I think we may fairly conclude, that most of the author would not have attempted to show their teeth (if the expression may be allowed me) in any other way of writing; nor could indeed have strung together a dozen sentences on any other subject what ever" (*Tom Jones*, I, lib. IX, cap. I.) "El inventar buenas historias y el saber contarlas bien son, tal vez, habilidades muy raras de hallar y, sin embargo, he podido observar que muy pocos sienten escrúpulos de aspirar a las dos al mismo tiempo; y, si examinamos las historias y novelas que tanto abundan hoy día, creo podremos llegar fácilmente a la conclusión de que, en su mayoría, los escritores no se habrían arriesgado a enseñar los dientes (si se me permite decir así) en cualquier otra clase de escritos, ni habrían sido capaces de escribir una docena de líneas sobre ninguna otra materia" (traducción de don Mariano de Alarcón).

Otra excepción de Borges; quijotista para quien "la música verbal de Inglaterra" constituye gran parte de su mundo, que yo sepa no menciona a Fielding; no me atrevo a decir que lo ignore. Por lo menos ha llamado este pasaje, tan sugerente y tan al modo de sus pensamientos favoritos: "Thus, sir, I have ended the history of my life; for as to all that series of years during which I have lived retired here, it affords no variety to entertain you, and may be almost considered as one day" (*Tom Jones*, I, lib. VIII, cap. XV).

El quijotismo del *Tom Jones* va más allá de los llamados al lector, de las digresiones, calcos y pastiches literarios, de su desarrollo casi total en mesones y hospederías, de las funciones de títeres, del barbero y los gitanos: es fundamental ese "aire de casualidad" que sólo tiene la vida misma. Sir Walter Scott estimaba en mucho el *Tom Jones*, dice una enciclopedia; y M. La Harpe "lo consideraba como la primera novela". No sé si esto quiere decir que M. La Harpe ignoraba o despreciaba el *Quijote*. Allí él.

Post scriptum. Andrés tenía razón. Fielding figura dos veces en la vida de Wilde, sí, pero en la *Vida y confesiones de Oscar Wilde*, de Frank Harris, donde éste utiliza dos citas de Fielding para justificar a su amigo: "Fielding registra ya la misma opinión cuando escribe: 'El Colegio José fue la causa de todas las calamidades que tuvo que sufrir más tarde. Ellos son los viveros de todo vicio, de toda inmoralidad. Todos los detestables compañeros de universidad de que me acuerdo, de ellos salían...'" La otra cita figura honoríficamente como epígrafe de un capítulo: "Créeme, hijo; todas las desgracias de este caballero vinieron de que fue educado en un colegio" (cf. la traducción de Ricardo Baeza, Buenos Aires, Emecé, 1944, I, pp. 143 y 138, respectivamente). Si la vida de hoy ha perdido esa espontánea casualidad que amasó a Cervantes, si éste no se lee, ¿cómo va a leerse a Fielding, cómo no va a confundirse su nombre?